

fué tiñendo mi rostro lentamente.
 Hizo el elogio de mi voz. ¡Pintaba
 con su dicción de calurosas tintas!
 Con magia de un astrólogo o profeta
 desplegó ante mis ojos dos visiones:
 me ví feliz como una grande artista
 llevándome los públicos del mundo
 con festones de rosas sujetos
 a la carroza de mis triunfos regios;
 la dicha, y el amor, y las riquezas,
 a mi querer de reina se uncirían
 como cuadrigas de palomas blancas.
 En vez de hallarme en los cafés cantantes
 mi voz se afinaría en las escuelas,
 conservatorios y academias. Todo
 me lo daría la nación, mi patria,
 sin más deber que gratitud para ella.

La otra visión...

Dios mío, cuán sombría,
 con cuánta exactitud yo la he vivido
 estos quince años de morir viviendo.

Cesó su voz. No me atreví a decirle
 ni una palabra más allá de «Gracias».
 No sé por qué me pareció que un beso
 henchido con mis lágrimas diría
 más santamente la emoción de mi alma.
 ¡No pudo ser!

El me tendió su mano
 cuyo contacto derramó en mi cuerpo
 la diáfana quietud, la paz serena
 de mi inocencia virginal de niña.
 ¡No pudo ser!...

Me retiré orgullosa
 de ver un hombre como aquel, atento
 a mi destino, hablándome el lenguaje
 que hace brotar fuertes muñones de alas
 allí donde hay abatimiento o culpa.
 ¡No pudo ser!

Aquella noche estuve
 con mis amigos de café cantante.
 ¡Cómo se rieron de aquel sueño mío!
 Entre canciones de amapolas rojas
 crecía el trigo de mi nada impura!
 Toda mi juventud se derramaba,
 a manera de sangre de hechiceros,
 para regar mandrágoras malditas.

Y si embargo, sollozaba en mi alma
 una ansiedad perenne de encontrarme
 con otro ser que adivinase el mío.
 ¡No pudo ser!

Y la corona ardiente
 de maduras espigas de treinta años
 ciñe hoy mis sienes, como zarza y yedra.
 ¡No pudo ser!

Y en el umbral esquivo

para la dicha, aposentó una sombra
 de cuanto pudo ser. Tal la tragedia
 de mi existencia, la tragedia oculta,
 día tras día! Y en mi vino siento
 el dulce agraz de una ilusión fallida!

¡Fuera mejor dormir! Del sueño salgo
 con remembranzas fúlgidas que escurren
 por mi memoria, como gotas de agua
 sobre mi nuda piel después del baño;
 ellas le dan cristal a mi conciencia,
 y me parece que resurjo virgen
 del corazón, al despertar de nuevo.

Ni sé hacia dónde, cuando duermo, viajo;
 tal vez al mundo de los sueños, donde
 es realidad cuanto se piensa y quiere
 sin mediación de la deseosa carne.
 Allí yo creo mi palacio de hadas,
 donde se guarda un príncipe encantado
 con un don de belleza sin otoño,
 que es propia de los príncipes del alma
 que yo entreví cuando me habló aquel hombre.

A su solo recuerdo empalidece
 mi rostro como el césped, y la pena
 con pies descalzos, como un pajarillo,
 va recorriendo los senderos mudos
 en la selva recóndita de mi alma.
 A su solo recuerdo yo me siento
 primaverado el corazón con lilas,
 así como los campos y jardines
 cuando por mayo las mañanas rubias,
 las de tobillos blancos, las enfloran.

Aquí está ya el albor de la mañana
 con su regalo azul de luz del cielo...
 Recibiré la dádiva de un día
 más de dolor con gratitud de santa.
 Llevaré el sacrificio sobre mi hombro
 sonriendo, cual soportan las cariátides
 el ponderoso mármol de los frisos.
 Nadie conocerá mi pesadumbre;
 un sacrificio que contrae el rostro
 destruye la mitad de su belleza.

No cambiaría a mi sabor, las cosas:
 se muere de hambre el imprudente Midas
 si cuanto palpa se le trueca en oro.
 Yo me contentaré con el ensueño;
 con la taza de tiempo de aquella hora;
 con el vino en la copa de aquel beso
 que yo no dí y cuyo rumor me llega
 en la sonora concha de un recuerdo.
 Amado, a Dios en mis plegarias pido
 que no manche tu púrpura mi sueño!

Roberto Brenes Mesén